



# El peligro depredador de Trump para América Latina

Por Peter Kornbluh



**E**l 3 de enero de 2026 marca un punto de inflexión histórico en las relaciones entre Estados Unidos y Latinoamérica. No solo fue el día en que Estados Unidos utilizó su poderío militar para impulsar su objetivo de un cambio de régimen en Venezuela; fue el momento histórico en que un presidente estadounidense declaró abierta y orgullosamente sus aspiraciones imperialistas de dominación en toda la región. “Bajo nuestra nueva estrategia de seguridad nacional, el dominio estadounidense en el hemisferio occidental jamás volverá a ser cuestionado”, declaró el presidente Trump apenas horas después de que una unidad de las Fuerzas Especiales estadounidenses completara una misión de entrega contra Nicolás Maduro en Caracas. Solo el tiempo y la historia dirán si tiene razón.

Por ahora, démosle crédito al presidente de Estados Unidos por su transparencia supremacista. Si bien líderes estadounidenses anteriores al menos han hecho declaraciones sobre la promoción de los respetables valores internacionales de libertad y democracia, Trump ha dejado meridianamente claro que el ataque a Venezuela no pretendía liberar a sus ciudadanos del régimen violento de Maduro, sino liberar sus vastas reservas petroleras para el lucro y el saqueo de Estados Unidos. Al celebrar el éxito de la “Operación

Determinación Absoluta” -el nombre en clave para la extracción militar de Maduro, la Casa Blanca no ha mencionado la restauración de la democracia venezolana ni el respeto a los derechos humanos; solo la restauración del control estadounidense sobre las reservas petroleras venezolanas, que, según el presidente estadounidense, fueron “robadas” a las corporaciones petroleras estadounidenses. Con palabras y hechos, Trump ha indicado que considera a Venezuela como su estado vasallo personal, que “poseerá” y controlará en el futuro previsible. Cuando los periodistas le preguntaron la semana pasada quién “gobernaría” Venezuela, Trump respondió simple y sucintamente: “Yo”.

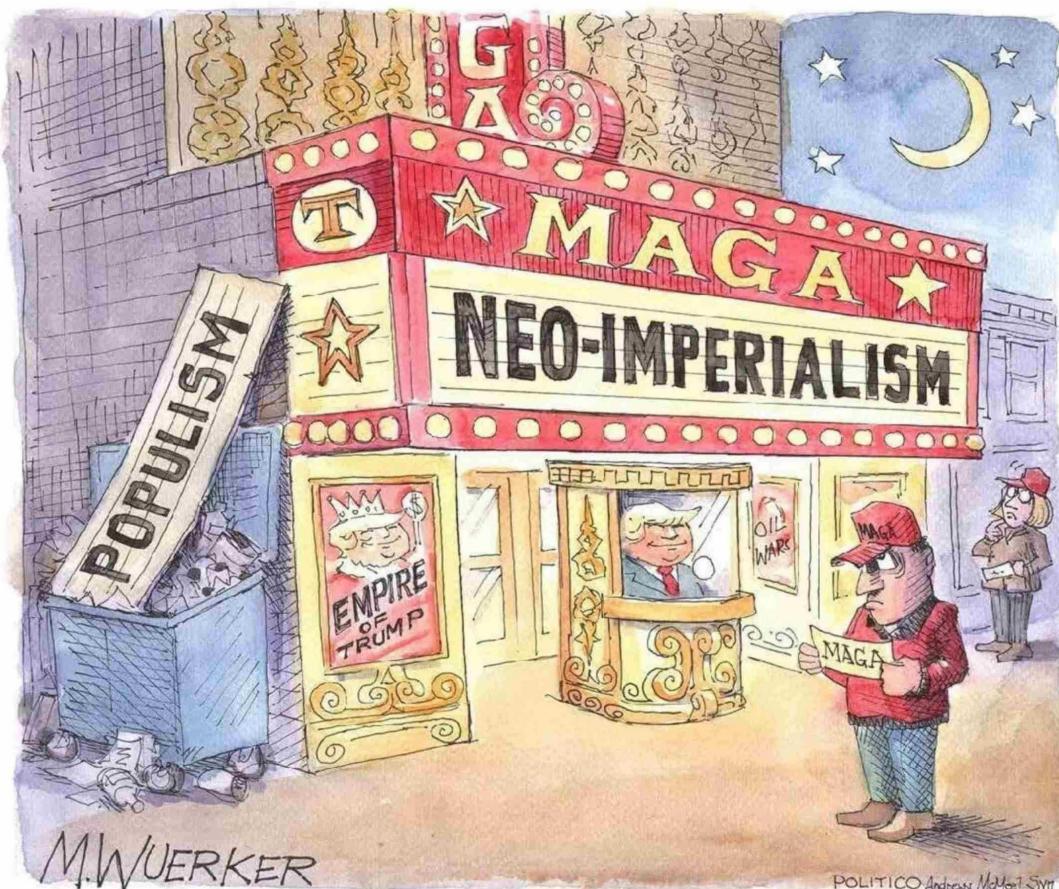
El presidente Trump no ha ocultado su aspiración a ser un emperador moderno; y ser emperador, obviamente, requiere un imperio. El exitoso ataque a Venezuela parece haberlo empoderado y envalentonado para perseguir activamente esa ambición belicosa, grandiosa y descontrolada. “Digámoslo claramente”, como bien observa Ben Rhodes, asesor de Seguridad Nacional del presidente Obama: Estados Unidos ahora tiene “un líder autócrata que busca el poder y el engrandecimiento mediante la conquista de territorio y recursos”.

## La doctrina Donroe

Ha transcurrido casi un siglo desde que Es-

tados Unidos reivindicó abiertamente el poder y el derecho a controlar Latinoamérica para sus fines imperialistas. Pero la administración Trump parece decidida a retrotraer a la región a la era de “Gunboat Diplomacy” -la “diplomacia de las cañoneras”- cuando los presidentes estadounidenses enviaban rutinariamente a los marines para expulsar a líderes poco cooperativos, asegurar territorios y recursos para beneficio de corporaciones estadounidenses y tomar el control económico y militar de varias naciones de Centroamérica y Sudamérica. Estados Unidos ha “reemplazado” la doctrina Monroe de 1823, que designaba a las Américas como su esfera de influencia, como anunció Trump en su conferencia de prensa en Mar-a-Lago celebrando el asalto a Venezuela; “ahora la llaman la ‘doctrina Donroe’”, declaró a la prensa.

Esta doctrina, como la definió la revista The Economist en un artículo de portada titulado “El delirio de Donroe”, es esencialmente “la creencia de Trump de que puede hacer lo que quiera en el hemisferio occidental, desde tomar el control del petróleo venezolano hasta apoderarse de Groenlandia”. Embriagado por el éxito de su apropiación militar de tierras en Venezuela, Trump ha renovado su exigencia coercitiva de “apropiarse” de Groenlandia. Ahora amenaza con que Estados Unidos lo hará “por las buenas” o “por



las malas".

Delirante o no, la combinación letal de la agenda imperialista de Trump para "poseer" territorios soberanos, combinada con su imperiosa y narcisista necesidad de demostrar su omnipotencia para lograrlo, lo convierte en el presidente estadounidense más peligroso que la comunidad mundial haya enfrentado jamás. Con su obsesión por las audaces demostraciones de agresión descarada, Trump ha transformado a Estados Unidos en una superpotencia depredadora al acecho, buscando conquistar por doquier. Aún más desconcertante es la falta de restricciones reales a su capacidad para intensificar tales abusos de poder en el futuro.

Como han señalado los líderes latinoamericanos, el flagrante ataque a Venezuela constituye un flagrante ataque al orden jurídico internacional. Pero Trump no solo ha ignorado el marco de la comunidad internacional posterior a la Segunda Guerra Mundial; está decidido a destruirlo. Venezuela se ha convertido en su oportunidad para anular los mandatos legales de la comunidad internacional de respetar la soberanía de los Estados, de los cuales Estados Unidos es signatario. "No necesito el derecho internacional", declaró abiertamente Trump en una entrevista con The New York Times la semana pasada. ¿Existen límites a su ejercicio del

poder global?, le preguntaron. "Sí, hay una cosa", respondió Trump. "Mi propia moralidad. Mi propia mente. Es lo único que puede detenerme".

#### La amenaza a la región

Por experiencia histórica, los chilenos conocen mejor que la mayoría de los países la "moralidad" de la política exterior estadounidense. Siendo una región menospreciada como el "patio trasero" de Estados Unidos, Latinoamérica ha sufrido durante siglos a manos del dominante "Coloso del Norte". Por ello, los líderes de todo el continente tienen motivos de sobra para estar sumamente preocupados. "Hoy es Venezuela, mañana podría ser cualquier otro", declaró el presidente Boric al denunciar el ataque y la toma de Caracas por parte de Estados Unidos. "Si pueden hacerlo allá, ¿por qué no podrían hacerlo en el futuro en otra parte?".

De hecho, cada día de la semana pasada trajo consigo una nueva amenaza de intervención estadounidense en la región. Cuba parece ser el próximo objetivo en la lista de conquistas de Washington. La toma de control de la industria petrolera venezolana por parte de Estados Unidos y la cuarentena naval de los petroleros han interrumpido de hecho los envíos de petróleo a la isla, lo que amenaza con desplomar su tambaleante economía. Justo ayer, Trump tuiteó su pri-

mera amenaza ominosa contra La Habana: "NO HABRÁ MÁS PETRÓLEO NI DINERO PARA CUBA [DESDE VENEZUELA], CERO", declaró con énfasis. "Recomiendo encarecidamente que lleguen a un acuerdo, ANTES DE QUE SEA DEMASIADO TARDE".

Y a pesar de las exigencias de la presidenta mexicana, Claudia Sheinbaum, de que Estados Unidos respete la soberanía de su país, Trump ha intensificado las amenazas de lanzar ataques militares contra México. "Vamos a empezar ahora a atacar por tierra a los carteles", declaró Trump en una entrevista la semana pasada, haciendo eco de las amenazas que había hecho contra Venezuela. "Los carteles gobernan México". Se han lanzado amenazas similares contra Colombia y su presidente, Gustavo Petro, a quien Trump ha acusado de enviar drogas a Estados Unidos, la misma falsedad que lanzó contra Maduro. "Me suena bien", respondió Trump cuando se le preguntó si planeaba atacar Bogotá como había atacado Caracas.

Digámoslo claramente: Estados Unidos está gobernado por un narcisista supremo autoritario con mentalidad imperialista que pretende someter a las naciones latinoamericanas, sin más razón que demostrar que tiene el poder para hacerlo. "Bueno, estamos en peligro", como ha resumido el presidente Petro esta terrible situación. "Porque la amenaza es real. Fue hecha por Trump".